

ella habia comenzado á decir: Es, pues, el señor, el que viene para... El la dijo:—Comencemos á orar; y nos arrodillamos todos. Dirijimos una oracion al Santo Espíritu y ella me suplicó dirijésemos otra á la Virgen, lo cual hecho, se acercó á mí y me dijo:—Señor, con seguridad veo sois vos el que se envia para consolarme: es con vos con quien debo pasar el poco tiempo que me queda de vida. Hace mucho que deseaba con impaciencia el veros.—Vengo, señora, la respondí, á daros en lo espiritual todos los servicios que me sean posibles, los que hubiera deseado dar en cualesquiera otra ocasion que no fuese esta.—Señor, respondió, preciso es resolverse á todo. Y dirijiéndose al P. de Ch. . . .—Padre mio, le dije, os estoy agradecida por haberme traído al señor, así como tambien por todas las otras cortesias que me habeis dispensado tan de buen grado. No hablaré con nadie mas que con el señor, pues tengo que tratar con él, negocios que se deben hablar á solas. Adios, padre mio. El padre se retiró y me dejó con ella en su aposento. Nos sentamos cerca de una mesa: me habló cual si supiese que estaba condenada: la dije que aún no se la juzgaba, que no sabia cuando lo seria y mucho menos cuál podria ser el resultado.—Señor, me dijo, si aún no estoy juzgada, lo seré muy pronto; la sentencia, tal vez se ejecutará mañana. El retardo de la ejecucion es la única gracia que tengo que pedir al señor presidente; porque en fin, señor, si se me ejecuta hoy, tendré muy poco tiempo para prepararme. Al oirla hablar así quedé satisfecho.—No sé, la respondí, cual será el resultado de vuestra causa, ni cual la sentencia; pero ésta, aún cuando la pronuncien hoy, no será ejecutada sino hasta mañana: estoy cierto de ello.—Señor, replicó ella, mi muerte es segura y no hay para qué concebir esperanzas: tengo que hacer os una gran confianza de toda mi vida; pero ante todo os pido me disimuleis que os pregunte qué idea os habeis formado de mí y qué es lo que debo hacer en mi actual situacion.—Señora, le dije, habeis prevenido mis designios, y me preguntais lo que yo queria deciros; aun no me habeis confesado nada, así es, que debo dudar si sois culpable; pero no ignoro la acusacion que pesa sobre vos, es demasiado pública.—Señor, conozco que se ha de hablar mucho desde hace algun tiempo y que soy la fábula del pueblo.—Sí, repliqué; sé de qué se os acusa, de envenenamiento, y tengo que deciros, que si sois culpable, no debeis esperar el perdon de Dios si no declarais á vuestros jueces qué veneno empleais y quiénes son vuestros cómplices. (Es bien sabido que madama de B. . . . hizo una confesion completa á la justicia.)

RELACION DE LA MUERTE

DE

LA MARQUESA DE BRINVILLIERS,

Por Edme Pirot, doctor de Sorbona, su confesor.

(Manuscrito inédito de la Biblioteca Nacional.)

TAL es el título de un curioso manuscrito que dá nueva luz sobre el carácter de una de las mugeres mas tristemente célebres del siglo XVII.

El autor, eclesiástico y doctor en Soborna, escogido para asistir á la marquesa de Brinvilliers en sus últimos momentos, tuvo con ella largas entrevistas en su prision y la acompañó hasta el suplicio: así pues, debe concebirse el gran interés que tienen los pormenores que nos ha dejado.

El doctor Pirot comienza su narracion desde el momento en que se notifica á la marquesa de Brinvilliers la sentencia que la condena á la pena de los parricidas. Teniendo encargo del primer presidente para estar al lado de ella, cuenta en estos términos las circunstancias de su primer entrevista:

“A eso de las siete y media de la mañana fué á buscarme el padre de Ch. . . . Estaba leyendo en mi breviario, é iba á la mitad de los matines, mas como el padre me dijo que en muy pocos momentos podria ver á madama B. . . . para disponerla á morir cristianamente, creí deber dejar la lectura de mi breviario para otra hora y me dirijí con el P. de Ch. . . . á la consergeria: se nos hizo subir á ambos á la torre de Montgomery al aposento en que estaba madama de B. . . . Al verme, conoció que yo iba para asistirle en sus últimos momentos y así lo hubiera manifestado si el P. de Ch. . . . no le hubiese cortado la palabra: como

ella habia comenzado á decir: Es, pues, el señor, el que viene para... El la dijo:—Comencemos á orar; y nos arrodillamos todos. Dirijimos una oracion al Santo Espíritu y ella me suplicó dirijésemos otra á la Virgen, lo cual hecho, se acercó á mí y me dijo:—Señor, con seguridad veo sois vos el que se envia para consolarme: es con vos con quien debo pasar el poco tiempo que me queda de vida. Hace mucho que deseaba con impaciencia el veros.—Vengo, señora, la respondí, á daros en lo espiritual todos los servicios que me sean posibles, los que hubiera deseado dar en cualesquiera otra ocasion que no fuese esta.—Señor, respondió, preciso es resolverse á todo. Y dirijiéndose al P. de Ch. . . .—Padre mio, le dije, os estoy agradecida por haberme traído al señor, así como tambien por todas las otras cortesias que me habeis dispensado tan de buen grado. No hablaré con nadie mas que con el señor, pues tengo que tratar con él, negocios que se deben hablar á solas. Adios, padre mio. El padre se retiró y me dejó con ella en su aposento. Nos sentamos cerca de una mesa: me habló cual si supiese que estaba condenada: la dije que aún no se la juzgaba, que no sabia cuando lo seria y mucho menos cuál podria ser el resultado.—Señor, me dijo, si aún no estoy juzgada, lo seré muy pronto; la sentencia, tal vez se ejecutará mañana. El retardo de la ejecucion es la única gracia que tengo que pedir al señor presidente; porque en fin, señor, si se me ejecuta hoy, tendré muy poco tiempo para prepararme. Al oirla hablar así quedé satisfecho.—No sé, la respondí, cual será el resultado de vuestra causa, ni cual la sentencia; pero ésta, aún cuando la pronuncien hoy, no será ejecutada sino hasta mañana: estoy cierto de ello.—Señor, replicó ella, mi muerte es segura y no hay para qué concebir esperanzas: tengo que hacer os una gran confianza de toda mi vida; pero ante todo os pido me disimuleis que os pregunte qué idea os habeis formado de mí y qué es lo que debo hacer en mi actual situacion.—Señora, le dije, habeis prevenido mis designios, y me preguntais lo que yo queria deciros; aun no me habeis confesado nada, así es, que debo dudar si sois culpable; pero no ignoro la acusacion que pesa sobre vos, es demasiado pública.—Señor, conozco que se ha de hablar mucho desde hace algun tiempo y que soy la fábula del pueblo.—Sí, repliqué; sé de qué se os acusa, de envenenamiento, y tengo que deciros, que si sois culpable, no debeis esperar el perdon de Dios si no declarais á vuestros jueces qué veneno empleais y quiénes son vuestros cómplices. (Es bien sabido que madama de B. . . . hizo una confesion completa á la justicia.)

“Poco despues de esto, se le suplicó que bajase para escuchar su sentencia: la oyó sin emocion.—El género de muerte á que se me condena, es bien ignominioso. En la sentencia se habla de fuego, y aunque dice que mi cuerpo no debe arrojarse á él sino hasta despues de mi muerte, es siempre una grande infamia para mi memoria. Se me salva del dolor de quemarme viva y así tal vez se me evita una muerte llena de desesperacion.—Pero la vergüenza ecsiste siempre, señora, la dije: á vuestra salvacion le es indiferente que vuestro cuerpo se ponga entre la tierra para que se pudra y sea consumido por los gusanos ó que sea ar-

rojado al fuego y reducido á cenizas.—De cualesquiera modo que perezca, resucitará, señor; me dijo ella: el fuego es nada para mí aún cuando tuviese que entrar á él viva: pero tengo hijos que me sobrevivirán. La confesion pública y el fuego, son cosas muy terribles para ellos.—Señora, preciso es sacrificar todo lo que os pertenece.”

Madama de Brinvilliers, despues de haber hecho una confesion general, estuvo mas tranquila y esperó la muerte con resignacion. He aquí los pormenores que el doctor Piroc nos dá de sus últimos momentos, y de las diversas circunstancias de su suplicio:

“Subí con ella al carro que la conducia al cadalso. Como á los lados oí confusion de voces distintas, de las que unas, demostraban tanta indignacion cuanto marcaban las otras piedad, le dije: Señora, reconoced que merecéis ser maldecida de todo el mundo, pero bendecid á Dios tanto cuanto deberiais recibir las maldiciones de los hombres. Viéndose David maldito y perseguido á pedradas por uno de sus servidores que insultaba su infortunio, reconoció en aquel ultrage la mano de Dios que le heria; inocente cual lo estaba lo sufrió con sumision mirándolo como enviado de Dios para castigarle. Debéis, pues, mirar mas bien á Dios en todo lo que sufris: lo que pueden decir contra vos es mas bien una pena á vuestro crimen que un insulto á vuestra desgracia.—Señor, me dijo ella, con una gran serenidad, así lo tomo y quisiera sufrir mas. Al decirme esto, cambió repentinamente su rostro, llevando sus miradas, que habian estado fijas en mí, hácia fuera del carro. Su vista titubeó y dió señales de turbacion. Conocí que habia algo que le daba pena, y creí deberlo descubrir para hacer volver su alma á su primera quietud.—Señora, la dije, sin duda habeis visto algo que os ha causado mal?—Señor, respondió volviéndose hácia mí y esforzándose en aparecer sin emocion alguna, pero sin poder disipar de un golpe una nube que demostraba con bastante claridad que su espíritu no estaba en situacion natural; no es nada.—Señora, la dije, no podeis desmentir á vuestros ojos, desde hace un momento, están llenos de fuego, y esto no puede haberse producido mas que con la vista de alguna cosa desagradable. Qué es lo que puede ser, decídmelo, os lo suplico: me habeis prometido decirme todo lo que os causaria tentacion.—Señor, lo haré así; pero no es nada. Y dirigiendo sus ojos al verdugo que estaba en pié cerca de mí y me veía;—Señor, le dijo, haceos un poco á un lado para que no vea á ese hombre.—Qué es eso? dije al verdugo.—Señor, me contestó despues de haber visto tras de él y haberse hecho á un lado como se lo habian pedido, entiendo bien lo que es: pero no podia explicármelo sin agacharse; entonces pregunté á la Señora.—Señora, la dije algo sorprendido, qué hay que os desagrada: quién es ese hombre que no queréis ver?—No es nada, respondió: es una debilidad mia que me hace no poder ver con agrado á un hombre que me ha maltratado: ese que habeis visto atras del carro, es Desgrais, el que me arrestó en Liége y que me tuvo por largo tiempo bajo su custodia. Fué para conmigo algo duro y ahora me causa pena el verle.—Señora, la dije sin

ver al lado en que él estaba: he oído hablar de él y aun á vos misma. Fué enviado para apresaros y respondia por vos; así es, que tenia razon en velar por vuestra seguridad. Aun cuando para ello empleara algunos medios al parecer duros, no ha hecho mas que cumplir con su comision, pues sin ello, no podia ser responsable. Estoy seguro que en nada se sobrepasó á sus órdenes, pero aun dado caso de que lo hiciese, debéis guardar algun resentimiento? No debéis amar á todos vuestros semejantes? Si no los amais, no podeis amar tampoco á Jesucristo, de quien son miembros. Es una gran debilidad vuestra el que os haya hecho sufrir la vista de M. Desgrais: no estais en situacion en que debais sucumbir á cualesquiera delicadeza; es preciso, Señora, ver á M. Desgrais no solo sin pena, pero aún con alegría.

“Conocí que mientras le hablaba en esos términos, ella sufría y su rostro revelaba que en su interior combatía con una idea que queria vencer. Ese combate fué corto, y despues de él me dijo:—Señor, teneis razon y conozco lo mal que hago en conservar resentimiento. Pido de ello perdon á Dios, y os suplico que cuando esté en el cadalso no lo olvideis al reiterarme la absolucion, segun me lo habeis prometido. Volviéndose hácia el verdugo,—Señor, le dijo, os suplico volvais á vuestro primer puesto á fin de que pueda ver á M. Desgrais. Mas como el verdugo no se movía, me suplicó de decírselo, lo que hice de su parte. Esta resolucion me satisfizo, apesar de que no se lo dije.

“Estábamos delante del Hospital principal, cuando ella vió que M. Desgrais seguia el carro á caballo, á la cabeza de los arqueros que eran muchos. Como habia algunos de estos colocados adelante, al llegar frente á la iglesia de Santa Genoveva quiso ver á M. Desgrais, y como el verdugo lo cubria, hizo que este se retirase.

“Tenia en mí tanta confianza, que si le hubiese mandado arrojarse viva al fuego, lo habria hecho apesar de que temia mucho ese suplicio: de él me habló tres veces en el camino, una delante del Hospital principal y dos despues de la confesion pública.

“—Señor, me dijo, no se me quemará sino hasta despues de mi muerte, ¿no es así?—Señora, todo lo que sé de vuestra sentencia es, lo que vos misma me habeis dicho: así, pues, si ella dice que vuestro cuerpo se arrojará al fuego despues de vuestra muerte....—Sí,—me dijo interrumpiéndome;—esas son las palabras de la sentencia.—Entonces, no se hará de otro modo; pero, Señora, el apesadumbraros por eso, es una cobardía; y una penitente generosa, lejos de temer, desearia la muerte mas cruel.—Señor,—me contestó con el corazon enternecido,—yo la desearia si no temiese la desesperacion; la desearia con toda mi alma, con tal que Dios no me abandonase. Estoy persuadida de que todo lo que sufro, no es bastante y que no hay una cosa que sobrepase á mis crímenes.

“Cuando entramos al atrio de Nuestra Señora, la dispuse á que hiciese su con-

fesion pública.—Aquí os van á hacer que digais la confesion de vuestros crímenes:—la dije,—no veais esta circunstancia de vuestro suplicio como una fórmula en el castigo de los grandes crímenes que atacan á Dios ó que han sido un gran escándalo para el público: vedla como una oportunidad favorable de reconocer vuestros pecados ante Dios y los hombres. Decid desde ahora estas palabras á Dios:

“Es aquí, Dios mio, donde debo como David, elevaros mis votos en medio de esta gran ciudad, en presencia de todo un pueblo, á la entrada de vuestro santo templo: aquí es donde debo hacer una declaracion de mi crimen: es preciso que diga que he pecado contra el cielo y la tierra y quisiera poder hacer algo que fuese bastante á reparar mis crímenes.”

Ella repitió todo esto, y como la dije que desease hacer su confesion en número igual al de las personas que viese en el atrio de Nuestra Señora, me manifestó que hubiera deseado poderla hacer á los piés de todos los hombres del mundo, á los que hubiera querido reunir para ello.

“La hicieron bajar del carro y la seguí hasta la puerta de la iglesia, donde me puse tras de ella. Arrodillada en una de las gradas de la puerta de la iglesia, abiertas de par en par, y en medio de un inmenso gentío, la dieron la vela encendida que hasta entónces yo habia llevado con ella: un carcelero se puso á su derecha y el verdugo á su izquierda. El primero, le leyó la confesion que llevaba escrita, para hacérsela repetir palabra por palabra. Su voz estaba débil, y eso le impidió hablar tan alto cual muchas gentes deseaban. Como yo me hallaba tras ella la oí distintamente; sin embargo, como el verdugo que estaba algo mas retirado apenas pudo oír las primeras palabras, las que repitió mas bajo que las otras, con voz fuerte la dijo: “Hablad mas recio.” Ella levantó un poco su voz, y me pareció hablar con tanta firmeza como emocion.

“La reparacion estaba concebida en estos términos:

“Reconozco que con maldad y por venganza, envenené á mi padre y mis hermanos, y atenté envenenar á mi hermana por tener sus bienes, de todo lo cual pido perdon á Dios, al rey y á la justicia.”

“Algunos dicen que rehusó pronunciar el nombre de su padre. Yo no remarqué nada.

“Despues de la confesion la volvieron al carro. Subí con ella y tomé la misma posicion que ántes habia tenido, con mi gorro en la cabeza y un crucifijo en la mano izquierda: en todo el camino no separó la vista del cadalso: la travesía fué larga á causa de la gran multitud que la obstruía, y por entre la cual tuvimos que atravesar. Durante ella, no cesé de hablar disponiéndola lo mas que pude y haciéndola recordar á Nuestro Señor Jesucristo cuando iba al calvario.

“Me pareció que estaba muy conmovida y arrepentida vivamente de sus pecados: dió un suspiro y me dijo:—Señor, conozco que merezco un gran tormento:

conozco que ni la cruz ni el fuego son bastantes á castigarme, y sin embargo, me habria sido muy penoso resolverme á ser quemada viva si me hubiesen condenado á ello.

“La sentencia dice que mi cuerpo será quemado despues de mi muerte, y confio en la palabra que me habeis dado de que así es como se ejecutará.—Por esto ví que aun temia el ser quemada viva, y me ví precisado á calmarla, respondiéndole que la ejecucion se haria tal cual lo decia su sentencia.

“Multitud de voces se alzaron á su rededor, y hablaban tan alto que era imposible el que dejase de oirlas. La mayor parte de ellas la insultaban y llenaban de imprecaciones. Ella estaba inmóvil y parecia insensible, no obstante estar dotada de una gran delicadeza y de un sentimiento sumamente exquisito sobre el punto de honor y las injurias. Ni una sola vez se quejó de aquel pueblo enfurecido, ni la ví conturbarse. Es que estaba ya poseida de Dios y reconocia lo grande de su crimen. Ni una palabra, ni un reproche, ni una sola queja se escapó de sus labios: tampoco demostró ningun temor bajo. Si temia la muerte, era en vista de los juicios de Dios; pero ni el aspecto de la Grève, ni la aproximacion del cadalso, ni la presencia de todo el aparato terrible, le dieron la mas mínima sombra de terror. Al menos yo no le reconocí nada que lo indicase, pues aunque me hablaba del fuego, era solo porque desconfiaba de sus fuerzas, no creyéndose bastante sostenida por la gracia para recibir la prueba de aquel suplicio.

“Yo le conocí el deseo de sufrir algo que fuese mas sensible, mas ignominioso que lo que lo era el resultado de su sentencia, á fin de compurgar sus delitos. Dos veces me dijo en el camino, desde Nuestra Señora á San Denis y la Chârtre, que aun cuando hubiese podido esquivar la muerte para vivir dichosa, no la habria esquivado: que aun cuando hubiese podido elegir una muerte que tuviese de natural y gloriosa todo lo que tenia de violenta é ignominiosa la que iba á sufrir, no la habria aceptado.

“El carcelero M. Drouet, se aproximó por detras del carro para preguntarle si no tenia que decir alguna cosa ademas de lo que habia dicho, y participarle que dos comisarios estaban en las casas consistoriales, espresamente para recibir su declaracion, si tenia algo, que añadir. No pudiendo oír bien á M. Drouet, y estando en medio de ambos, le repetí en alta voz lo que él habia dicho.—Señora, la dije, M. Drouet pregunta si no teneis que decir nada á mas de lo que dijisteis en vuestro interrogatorio: si quereis decir algo los señores comisarios vendrán aquí al momento: ya sabeis lo que os he dicho respecto á la obligacion en que estais de confesar vuestro crimen: os lo repetiré una vez mas. Si sabeis algo, ademas de lo que habeis confesado, y no lo decís, no esperéis el perdon de Dios. Pensad, señora, que dentro de un momento estaréis ante la presencia del Criador, y que no os podréis justificar en su tribunal divino, si no reparais ahora las faltas que hayais podido cometer ante el de los hombres. ¿No os reprocha de nada de esto vuestra conciencia?—Señor, me respondió, no tengo nada mas que decir: he

dicho todo lo que sabia. — Señora, la dije, ¿y de buena fé eso es todo? Solo un paso os separa de la muerte; pensad en no mentir al Santo Espíritu. — Señor, es todo. — Decidlo, pues, señora, en alta voz á M. Drouet. Y lo mas recio que pudo, le dijo:

— Señor, no tengo mas nada que decir.

“Antes de que pasásemos del carro al cadalso corrieron algunos momentos: en ellos, la marquesa sufrió mucho. Una infinidad de gente, reunida allí, se apiñaba á verla, gritando: ¡venganza! é insultándola. Por mas que se hizo no pudo aproximarse el carro al cadalso, y quedó un espacio de tres pasos á pesar de que el conductor repartió algunos foetazos.

“El verdugo bajó el primero para poner la escala. Con el rostro lleno de dulzura, un aire lleno de reconocimiento y ternura y lágrimas en los ojos, me vió ella. — Señor, — me dijo con un tono que demostraba lo poseida que estaba, — no es aquí todavía donde debemos separarnos: me habeis prometido no abandonarme hasta que mi cabeza esté cortada y espero que me cumpliréis vuestra palabra. — La cumpliré, señora, y el instante de nuestra separacion solo lo será el de vuestra muerte.

“La bajaron del carro y en tanto tuve tiempo para llorar un momento, mientras no me veía. Eso me alivió: el asistente del verdugo me tendió la mano para ayudarme á bajar; mis ojos siempre fijos en ella observaron que se paró á hablar con un hombre que estaba á caballo. Pregunté al asistente quién era, y me respondió: es Desgrais. Me aproximé al momento para oír lo que ella decía, y á pesar de haberla preparado, me causó pena que se hubiese encontrado con una persona cuya vista le habia producido una dolorosa impresion. Ella le suplicó la escusase por los trabajos que le habia causado, y le pidió que hiciese rogar á Dios por ella: en fin, lo dejó protestándole ser su servidora, y que con ese sentimiento hacía él, iba á morir en el cadalso.

“Mientras que la disponian para la ejecucion, no separó sus ojos de mí: ellos derramaban gruesas gotas de lágrimas, que demostraban bastante su dolor sincero. Su rostro respiraba el fervor de una penitente animada, capaz de todo por alcanzar la absolucion de sus pecados.

“Nada la pudo conmovér. Veía una multitud de gente en la plaza, en las ventanas y balcones de todos los edificios; pero no vió en verdad el cuchillo que debia herirla: tampoco yo le ví. Creí se hallaba bajo un largo lienzo sobre el cadalso: á un lado de éste, ví un cuchillo, el que ella no vió, pues lo tenia detras. Sin embargo, no dió muestra ninguna de afliccion. Con suma paciencia sufrió todo lo que le hizo el verdugo para preparar la ejecucion. Tan luego como se arrodilló, éste le quitó el peinado, le cortó el pelo por detras y en los lados: al hacerlo, tuvo que voltear la cabeza de varios lados, y el verdugo durante esta operacion, que duró cerca de media hora, fué algo brusco: aunque su cabellera no era muy larga, pues se dice que Desgrais la hizo rapar cuando la aprisionó en Liége, la mata de ella era bastante espesa, esto ocasionó el que se emplease

tanto tiempo en cortarla. Comprendo que la vergüenza de verse así despeinar, cortar el pelo delante de tanta gente, le pudo mucho; ademas, se le conocia bien; pero sufrió y se sometió á ella con toda conformidad. La mano del verdugo le pareció tan suave, cual la de una señorita que la hubiese peinado. Obedeció con puntualidad todas las órdenes que aquel le daba, ya para voltear, ya para bajar la cabeza. Verdad es que todo esto lo hizo cortesmente, pero muy despacio: en fin, le vendó los ojos sin que ella hiciese la menor resistencia. Estaba como una oveja, á la que se va á degollar.

“Se dejó ligar las manos, cual si le hubiesen puesto en ellas brazaletes de oro: poner la cuerda al cuello, cual si fuese un collar de perlas; despeinar y descubrir el cuello, cual si la estuviesen aderezando para llevarla á alguna ceremonia.

“Mientras se hicieron esos preparativos, el verdugo me dijo que tomase el lugar que ántes habia ocupado al lado de la marquesa, lo cual hice, y en tanto que él se limpiaba el sudor que le corria por el rostro y sacaba de su bolsa una venda para cubrir los ojos de la marquesa, la hice decir algunas oraciones á la Santa Cruz: “Jesucristo, Señor mio, que enclavado en esa cruz, eres todo mi apoyo y consuelo, y llevas contigo el sendero de la vida, fortificame en mi debilidad, sostenme en mi languidez y dame todo el vigor que necesito para recibir la muerte cristianamente.” Esta fué su oracion.

“Entre tanto, el verdugo se preparaba para la ejecucion, y la llevó sobre el cadalso. Al momento mismo, oi un golpe sordo; era el que el verdugo le dió para separarle la cabeza del cuerpo. Lo hizo tan bien, que no vi ni aún la hacha, á pesar de que tuve siempre fija la vista en la cabeza que cortó. No le ví tomar la medida del cuello y buscar el parage donde debia cortar. Tampoco dijo nada á Madama B. . . . ésta, tenia la cabeza perfectamente derecha, y se la cortó tan bien, que por un momento se quedó sobre el tronco sin moverse. Por un instante sufrí mucho creyendo que el verdugo habia errado el golpe y que tendria que dar un segundo; pero mi temor cesó al ver caer hácia atras la cabeza sobre el cadalso, un poco al lado izquierdo.

“Al momento dije un *De profundis*, segun lo habia prometido á Madama de B. . . . lleno de consuelo, al ver que al morir habia tenido todos los sentimientos de piedad y contricion que habia pedido á Dios le diese.

“El verdugo se volteó hácia mí diciéndome: — Señor, no es verdad que he dado un golpe magnífico? Siempre me encomiendo á Dios en estos lances y hasta ahora, no ha dejado de asistirme. Hace cinco ó seis dias que me inquietaba esta Señora, y me rodaba en la cabeza. He hecho que le digan algunas misas. Tomó despues de decir esto una botella de vino y bebió, diciendo que estaba muy alterado.

“Yo habria deseado no estar presente cuando arrojasen el cuerpo al fuego, pero como el verdugo me conoció el deseo de bajarme, me lo impidió diciéndome

me que era preciso esperar algun tiempo hasta que la multitud de la gente minorase, que entónces él mismo me conduciría. Bajó á quemar el cuerpo, y yo quedé sobre el cadalso, bastante embarazado, sin ver al lado de la hoguera. Como creí que hacia una mala figura sobre aquel cadalso, bajé esperando ser menos visto abajo; pero apenas estuve al pié de la escala, cuando me ví molesto por las gentes que se arrojaban sobre mí y se apiñaban cerca de la hoguera. Fui bastante afortunado de poder volver á subir para libertarme de aquellas masas que querian ahogarme.

“En fin, habiendo visto el verdugo que la plaza estaba ya bastante desocupada, me dió la mano para que bajase, y me condujo hasta fuera de ella.”



CAPILLA ALFONSO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. L.

INDICE

DE LAS PRINCIPALES MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	PÁGINAS.
HISTORIA DE LA TORRE DE NESLE.....	5
— DEL MASCARA DE FIERRO.....	355
— DE LA MARQUESA DE BRINVILLIERS.....	457

